

da opinión; sin ninguna reflexión acerca de si era el clima, el régimen sociopolítico o la casualidad, los definía como sencillos, honrados, dignos y libres. Respecto a los habitantes del resto del continente americano, no parece conocer bien su carácter, describiéndolos sólo como poseedores de una «extraordinaria insensibilidad»<sup>23</sup>. Pero unos años más tarde, en 1775, Kant, seguramente después de leer a De Pauw que había publicado sus ideas en 1768, habla de los salvajes como decadentes, imperfectos y fríos. Ahora sí piensa que las características físicas dependen del clima, y de ahí que los indios, cuyos antepasados habían vivido mucho tiempo en tierras glaciales, hayan visto extinguida su fuerza vital, haciéndose débiles e inmaduros.

El pueblo de los americanos no es susceptible de forma alguna de civilización. No tiene ningún estímulo, pues carece de afectos y de pasiones. Los americanos no sienten amor, y por eso no son fecundos. Casi no hablan, no se hacen caricias, no se preocupan de nada y son perezosos<sup>24</sup>.

En 1788, llega ya a decir que los americanos están «muy por debajo de los mismos negros» y que son «incapaces de ejercer una cultura»<sup>25</sup>. Lo mismo ocurre en la *Metaphysik der Sitten* (1797), donde se habla de los americanos como poco industriosos, y a quienes les falta un Estado, es decir, una sociedad organizada, lo cual produce en ellos esa falta de desarrollo que les rebaja a la categoría de subhombres, o cuando menos, al escalón más bajo de la humanidad.

En definitiva, bajo la influencia de los naturalistas de su época, en especial de De Pauw, Kant modifica sus opiniones sobre el indio americano, quien, a partir de entonces, no entra ya dentro de la categoría de ser racional, ni por tanto tiene capacidad de esa Ilustración que es el futuro del ser humano.

Raynal<sup>26</sup>, por su parte, va a continuar y desarrollar las tesis de Buffon: la *Histoire*, obra con pretensiones de racionalidad universal, va a sostener la degeneración del continente americano; América, según Raynal, es impúber, es como si la naturaleza se hubiera olvidado de hacerla crecer:

Los hombres son allí menos fuertes, menos valerosos; sin barba y sin vello; degradados en todos los signos de la virilidad; pobremente dotados de ese sentimiento vivo y pujante, de ese amor delicioso que es la fuente de todos los amores, que es el principio de todos los afectos, que es el primer instinto, el primer nudo de la sociedad, y sin el cual todos los otros vínculos artificiales no tienen elasticidad ni duración.

(...)

La indiferencia hacia ese sexo, al cual la naturaleza ha confiado la función de la reproducción supone una imperfección en los órganos, una especie de infancia que afecta a los pueblos de América como a los individuos de nuestro continente que aún no han alcanzado la pubertad. Es un vicio radical en el otro hemisferio cuya novedad se revela por esta suerte de impotencia<sup>27</sup>.

<sup>23</sup> Kant: *Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen* (1764), IV. Vol. II, en nota.

<sup>24</sup> Kant: *Menschenkunde oder Philosophische Anthropologie*. Leipzig, 1831.

<sup>25</sup> Kant: *Ueber den Gebrauch theologischer Prinzipien in der Philosophie*, 1788.

<sup>26</sup> Raynal: *Histoire Philosophique et Politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, 2 vol. Genève, Jean-Léonard Pellet imp., 1780-1781.

<sup>27</sup> Raynal: *Histoire...*, IX.

Así de inmaduros y degradados, los americanos son inferiores, tanto física como moralmente:

Todo muestra las huellas de una enfermedad, de la cual la raza humana se resiente todavía. La ruina de ese mundo se marca aún en la faz de sus habitantes. Son una especie de hombres degradados y degenerados en su constitución física, en su talla, en su género de vida, en su espíritu poco evolucionado dentro de las artes de la civilización<sup>28</sup>.

## C) Exclusión

Y, si los americanos son inferiores al mundo europeo y civilizado, al mundo del progreso, no tiene lugar incluirlos en el futuro, en la historia: así, la historia universal se convierte en una historia europea, y los problemas que deben resolverse racionalmente son los problemas europeos y la racionalidad europea. En Voltaire primero, y en Hegel después, encontraremos ejemplos de esta postura, a la que América no le interesa, y que la excluye del porvenir.

Nos referiremos en primer lugar a Voltaire, quien parece continuar la polémica que acerca de las aptitudes de los hombres según la situación geográfica había iniciado Hume, refiriéndose a América, cuando dice:

Cabe hacer sobre las naciones del Nuevo Mundo una reflexión que el Padre Lafitau no hizo, y es que los pueblos alejados de los trópicos casi todos han sido sometidos por monarcas<sup>29</sup>.

Pero esta observación, que Voltaire hace aparecer como suya, es heredada de Montesquieu, quien, unos años antes (1748) había dicho:

Esto se ha comprobado una vez más en América: los imperios despóticos de México y del Perú estaban hacia la línea del ecuador, y casi todos los pequeños pueblos libres estaban y están todavía hacia los polos<sup>30</sup>.

Voltaire no cree, como había hecho Buffon, en la unidad de origen de la especie humana, sino que piensa que cada continente, lo mismo que puede producir sus propias especies animales, produce sus propios hombres. Por eso no ve el problema ni en la semejanza entre algunas especies ni en la diversidad que existe entre otras, y por consiguiente no piensa en ningún momento que los términos en que se establecen las relaciones entre Europa y América se traduzcan en el dualismo superioridad/inferioridad.

Pero llevado por su gusto por lo anecdótico, por la casuística, Voltaire retoma ideas de Buffon y las convierte en epigramas: así, al definir la insalubridad del clima americano, acaba también achacando el despobla-

<sup>28</sup> *Ibidem*.

<sup>29</sup> Voltaire: *Discurso Preliminar del Essai sur les mœurs*, I, 1765.

<sup>30</sup> Montesquieu: *L'Esprit des Lois*, libro XVII, cap. II; también hace referencias en el cap. VII.

miento del Nuevo Mundo a la poca industriosisidad de sus habitantes, de quienes le llama la atención, sobre todo, la ausencia de barba: «que allí tan sólo se encuentra un pueblo que tiene barba». Y de la casuística, no puede dejar de pasar a los juicios de valor moral: esta característica física no es, ciertamente, un signo de inferioridad, pero empíricamente, afirma nuestro autor, está comprobado que los pueblos lampiños son débiles.

Al principio, Voltaire se sentía entusiasmado por las tesis de De Pauw, pero cuando percibe las críticas de éste a los pueblos de Oriente, a quienes también degradaba, deja de interesarle. Esto es prueba de que a Voltaire no le interesa América, sino sólo Europa. Como afirma Antonello Gerbi, esta repentina falta de interés hacia la obra de De Pauw sobre el Nuevo Mundo,

nos comprueba que Voltaire no sentía ningún interés por el problema de América, y que a De Pauw, como antes a Buffon, sólo lo atraían por su utilidad en las polémicas de Europa<sup>31</sup>.

Así, el tolerante Voltaire (su *Tratado sobre la tolerancia* es de 1763) no critica el canibalismo de algunos pueblos; para él, este comportamiento, que en el Viejo Mundo es calificado de aberración, es sólo un pretexto para hablar de los temas europeos; en *Candide*, por ejemplo, Cacambo aprueba el proceder de los orejones antropófagos, cuando dice:

Seguramente es mucho mejor comer a sus enemigos que abandonar el fruto de la victoria a los cuervos y las cornejas<sup>32</sup>,

como hacen los europeos, a quienes en raras ocasiones les falta la comida. En la *Lettre de M. Colcpicre à M. Eratou*<sup>33</sup>, dice:

Realmente señores míos... sois muy delicados: se matan doscientos o trescientos mil hombres y todo el mundo encuentra que eso está muy bien; se come uno a un cosaco y todo el mundo pone el grito en el cielo.

En el artículo «Antropofages», en *Questions sur l'Encyclopédie*, llegará incluso a justificar el canibalismo, cuando al entrevistar a una antropófaga, éste le comenta:

Nosotros matamos a nuestros vecinos en batalla formal o informal... ¿qué importa después de haber sido victimado que se lo coma a uno un guerrero o un cuervo o un perro?

En el *Essai sur les Moeurs*, Voltaire saca las conclusiones de toda esta polémica, criticando, no el canibalismo en sí, sino el problema europeo, que es lo que a él le preocupa, cuando dice:

La verdadera barbarie consiste en matar, y no en disputar el cadáver a los cuervos y a los gusanos.

<sup>31</sup> Gerbi, *op. cit.*, pág. 93.

<sup>32</sup> Voltaire: *Candide*, cap. XVI.

<sup>33</sup> En Voltaire: *Oeuvres*. Londres, 1772, XXVIII.

Por su parte, Hegel escribió sus obras cuando ya la revolución norteamericana había terminado y se iniciaban las sudamericanas, unos cuatrocientos años después del descubrimiento del Nuevo Mundo. Desarrollando las teorías de Voltaire, Hegel comienza manteniendo con fuerza el principio de la igualdad de todos los hombres a causa de su racionalidad fundamental; da igual si proceden de una o de varias parejas originales, no se puede afirmar el derecho o el no derecho de los hombres a la libertad y a la dominación.

Pero a partir de aquí, Hegel limita su postura de afirmar la universalidad de la razón, al reclamar un estatuto inferior para América, como habían mantenido los autores que examinamos en el apartado anterior:

Este mundo es nuevo no sólo relativamente, sino absolutamente; lo es con respecto a todos sus caracteres propios, físicos y políticos. No tratamos de su antigüedad geológica. No quiero negar al Nuevo Mundo la honra de haber salido de las aguas al tiempo de la creación, como suele llamarse. Sin embargo, el mar de las islas, que se extiende entre América del Sur y Asia, revela cierta inmadurez por lo que toca también a su origen<sup>34</sup>.

Pero la inmadurez física se convierte pronto en una imperfección moral, que la condena a perecer ante el Espíritu europeo:

La conquista del país señaló la ruina de su cultura, de la cual conservamos noticias; pero se reducen a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea. En los animales mismos se advierte igual inferioridad que en los hombres. La fauna tiene leones, tigres, cocodrilos, etc.; pero estas fieras, aunque poseen parecido notable con las formas del viejo mundo, son, sin embargo, en todos los sentidos más pequeñas, más débiles, más impotentes. Aseguran que los animales comestibles no son en el Nuevo Mundo tan nutritivos como los del viejo. Hay en América grandes rebaños de vacunos; pero la carne de vaca europea es considerada allá como un bocado exquisito. Por lo que a la raza humana se refiere, sólo quedan pocos descendientes de los primeros americanos. Han sido exterminados unos siete millones de hombres. Los habitantes de las islas, en las Indias occidentales, han fallecido. En general todo el mundo americano ha ido a la ruina, desplazado por los europeos. Las tribus de la América septentrional han desaparecido o se han retirado al contacto de los europeos. Decaen poco a poco y bien se ve que no tienen fuerza bastante para incorporarse a los norteamericanos en los Estados libres. Estos pueblos de débil cultura perecen cuando entran en contacto con otros de cultura superior y más intensa. En los Estados libres de Norteamérica, todos los ciudadanos son emigrantes europeos, con quienes los antiguos habitantes del país no pueden mezclarse.

Algunas costumbres han adoptado, sin duda, los indígenas al contacto con los europeos; entre otras la de beber aguardiente que ha acarreado en ellos consecuencias destructoras. En América del Sur y en Méjico, los habitantes que tienen el sentimiento de la independencia, los criollos, han nacido de la mezcla con los españoles y con los portugueses. Sólo éstos han podido encumbrarse al alto sentimiento y deseo

<sup>34</sup> Hegel: Lecciones sobre Filosofía de la Historia Universal. Madrid, Alianza, 1980. pág. 170.

de la independencia. Son los que dan el tono. Al parecer hay pocas tribus indígenas que sientan igual. Sin duda hay noticias de algunas poblaciones del interior que se han adherido a los esfuerzos recientes hechos para formar Estados independientes; pero es probable que entre esas poblaciones no haya muchos indígenas puros. Los ingleses siguen por eso en la India la política que consiste en impedir que se produzca una raza criolla, un pueblo con sangre indígena y sangre europea, que sentiría el amor del país propio.

En la América del Sur se ha conservado una mayor capa de población, aunque los indígenas han sido tratados con más dureza y aplicados a servicios más bajos, superiores, a veces, a sus fuerzas. De todos modos el indígena esta aquí más despreciado. Léense en las descripciones de viajes relatos que demuestran la sumisión, la humildad, el servilismo que estos indígenas manifiestan frente al criollo y aún más frente al europeo. Mucho tiempo ha de transcurrir todavía antes de que los europeos enciendan en el alma de los indígenas un sentimiento de propia estimación. Los hemos visto en Europa, andar sin espíritu y casi sin capacidad de educación. La inferioridad de estos individuos se manifiesta en todo...

Así, pues, los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamientos y fines elevados. Las debilidades del carácter americano han sido la causa de que se hayan llevado a América negros, para los trabajos rudos. Los negros son mucho más sensibles a la cultura europea que los indígenas...<sup>35</sup>.

De este modo, ante un mundo ya viejo, los europeos pueden aprovechar la desaparición de las poblaciones indígenas para hacer de estos territorios el escenario de una nueva aventura del Espíritu, en la que ellos mismos son responsables, iniciando una nueva cultura en el suelo que conquistan. América se constituye, pues, para Hegel, en el País del Porvenir, en

el país hacia el que tienden los anhelos de todos aquellos que están hartos del histórico museo de la vieja Europa.

Sin embargo, esta promesa del Porvenir americano se frustra cuando Hegel advierte que, en tanto País del Porvenir, América no le interesa al historiador, que sólo estudia el pasado y el presente, ni al filósofo, que no se ocupa de aquello que ha sido o que será, sino de lo que es, y es eterno<sup>36</sup>. El Nuevo Mundo queda, en definitiva, excluido de la historia, y Hegel vuelve a las entrañables tierras europeas y a las familiares aguas mediterráneas, para continuar a partir de ellas, su esquema de la historia y del Espíritu.

Ortega y Gasset<sup>37</sup> ve en esta actitud de exclusión hegeliana no una incapacidad o inferioridad del Nuevo Mundo, sino del filósofo, para encajar el nuevo dato en su cerrado y compacto esquema de la triada dialéctica, y por eso lo excluye de la vida del Espíritu, colocando a América fuera del progreso y de la historia, que sólo pretende, en definitiva, enmascarar el fallo en el sistema hegeliano. En palabras de Gerbi,

Para admitir a América en su sistema, Hegel habría tenido que despedazar toda su construcción histórico-dialéctica, y revelar así la fragilidad de ésta, la artificiosidad,

<sup>35</sup> Hegel, *op. cit.*, págs. 170-172.

<sup>36</sup> Hegel, *op. cit.*, pág. 177.

<sup>37</sup> José Ortega y Gasset: *Hegel y América*, 1928.

la rigidez incapaz de adaptarse a las nuevas realidades y de comprenderlas. América, con su enorme e innegable presencia, «ingenua y perentoria» (como diría Claudel), habría delatado uno de los puntos más débiles de su sistema. Para entrar en el esquema de las triadas, las cinco partes del mundo tenían, de buen o mal grado, que reducirse a tres, así como a tres habían sido reducidos por Hegel los cinco sentidos y a tres las cinco artes tradicionales<sup>38</sup>.

Resumiendo muy brevemente lo hasta aquí analizado, puede extraerse una conclusión válida para la reflexión ética de los tiempos actuales: hoy, a finales del siglo XX, podríamos decir de toda la filosofía moral y política europea de la modernidad que su pretendida universalidad fracasa, al no saber apreciar y valorar justamente las diferencias; por el contrario, éstas fueron expresadas en términos de desigualdades, lo que implica un paso del ámbito puramente descriptivo al valorativo, y se traduce en el dualismo superioridad/inferioridad que impidió a la modernidad europea una auténtica comprensión de la apertura del mundo que entonces se produjo, y una actitud generalmente negativa ante la nueva realidad. A partir del siglo XV, como ya se vio, los filósofos empezaron a pensar en clave moderna, en gran parte a consecuencia del descubrimiento. Pero la modernidad de su pensamiento comienza y acaba en Europa: el futuro, la Modernidad, no es americana, o por lo menos no lo han sabido ver así los modernos europeos: ignorándola, afirmando su inferioridad o excluyéndola, América solo conseguirá ser si deja de ser ella misma y se convierte en una nueva Europa.

Y es tarea de la Ética contemporánea tratar de superar la limitación moderna del concepto de sujeto moral, ampliándolo de manera que en él queden incluidos los otros que hasta ahora habían quedado fuera de su esquema de racionalidad y subjetividad definidas desde el ser de Europa, llegando de este modo al concepto de universalidad que los modernos no lograron alcanzar.

<sup>38</sup> Gerbi, *op. cit.*, pág. 200.

**Beatriz Fernández Herrero**